

¿POR QUÉ

goza de fama general y es elegida por aficionados y profesionales la casa

ANDRADA?

Sencillamente, por ser la casa que más barato vende, la que tiene mejores placas, papeles, películas, etc., etc. Además, porque sus trabajos de laboratorio son los mejores que se entregan en Madrid, por ser la única casa que está dirigida por artistas cuyos nombres figuran siempre en los primeros lugares en todos los concursos fotográficos.

Y por tener exclusivas tan importantes como son:

: : PAPELES Y PLACAS : :

Wellington

CARTULINAS "BARTONS"

PELÍCULAS EN ROLLOS

: : : "ENSING" : : :

Ampliaciones
ARTÍSTICAS

Tintas y pinceles
para BROMOIL

Carrera de San Jerónimo, 12 (entresuelo).

MADRID

TIP. LUIS FAURE. ADARCA, 21. MADRID

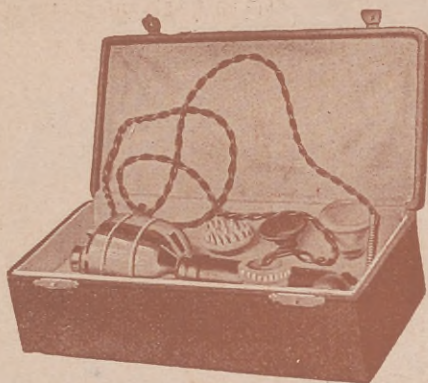
ARTE LIGERO



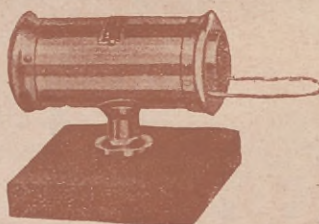
TITINETTE *Fot. Calvach*

MARTIN IBAÑEZ

0'25



Máquina de masaje.



Calienta tenacillas.



Tenacillas.



Duchador
de aire
frío y caliente.

Embellecerá usted
usando los aparatos
eléctricos de tocador.

MARCA



Electrodo



MUEBLES :: DECORACIÓN

:: :: :: TAPICERÍA :: :: ::

REGINO MONTERO

CASA ACREDITADA EN TRABAJOS INGLESES

TORRIJOS, 18-TEL. S-596

MADRID

Ford

EL AUTO UNIVERSAL

Tractores :: Repuestos.

Coches :: Camiones.

PRECIOS SIN COMPETENCIA



EXPOSICIÓN Y VENTAS

Glorieta de Quevedo, 5

G. Fulton Taylor

Agente autorizado.

Desconfiad de toda oferta hecha por
: : : casas no autorizadas : : :



MADRID, 23 DE ABRIL DE 1922

Redacción y Administración: Alcántara, 4.—Teléfono 339 S.—Apartado de Correos 523

EL PRIMER AUTO

JE, jejereje, jeje.

—Mamá, mamá, Sabinita, ya vino, ya está ahí papá con el auto.

Milela, de dos brincos salva la espaciosa sala de los Cicutrínez, corre por el pasillo, grita, palmotea gozosa... ¡Al fin! No es broma, no. ¡Ya es una señorita con auto! Ahí, en la calle está, con chofer y todo, un chofer uniformado y apuesto y un tanto guasón, puesto que hizo apercibir su presencia tocando con la sirena el estribillo de moda «Una copita de ojén». ¡Oh, qué envidia van a tenerla ya todas sus amigas! ¿Qué dirán ahora las cursis de Andovalillo cuando las vean por la Castellana? ¿Y luego, más tarde, cuando llegue el estío y les anuncien que emprenden la excursión veraniega en auto? Santander, Bilbao, San Sebastián, todo el itinerario del perfecto veraneante, mientras que aquellas ¡pobres! seguirán presidiendo la colonia de Carratraca.

No bien Milela había dado la voz de alarma, toda la casa se puso en conmoción. D.^a Agata, que en aquel momento peroraba en la cocina queriendo meter en la cabeza de la doméstica cómo había de guisar unas sardinas al champiñón, suspendió en el acto la enseñanza y se apresuró a proseguir en el gabinete su facha automovilista.

Sabinita no pudo ni terminar la consabida despedida archimelosa de la cotidiana epístola a su pollo «bien» y, sin reparar que la tinta volcada de resultas de un empujón, dibujaba caprichosos arabescos en las cretonas de su escritorio, se aceleró en busca de un espejo que la confirmara la propiedad de su traje y de la barra de carmín que la dibujara unos labios muy Vogue. Pero llegó tarde; dos habían ya buscado la misma opinión del espejo y sobraba una, así es que, Sabinita, no queriendo aumentar la discordia, tuvo que teñir sus labios reflejándolos en la base de una caja metálica de polvos.

—Dejadme, dejadme—exclamaba presuntuosa D.^a Agata—;

ocuparé el sitio de respeto para que vean que soy la dueña del auto y es preciso ir en carácter.

—Conforme, mamá; pero a nosotras es a quienes mirará la gente. Al fin y al cabo somos de sobra conocidas desde que estuvimos el año pasado abonadas con la viuda de Pérez Pérez a los jueves del «Tentacular Cine»—contestaba Milela, sacándose las patillas hasta la misma punta de su respingona nariz.

—Pues, qué diré yo—objeta con orgullo Sabina—que desde que tengo un novio que escribe los ecos del Gran Mundo en «El Acordeón» y me cita un día sí y otro también me han llegado a llamar por todas partes «la Montecresta».

Eso es comparar a tu novio con *Montecristo* y no está bien. Ya quisiera *Montecristo* tratar a tan buena gente como trata tu novio—contestaba adulatora Milela.

No renunciaba la menegilda su indiscutible derecho a intervenir también en la algazara. Ella, que a fuerza de ser un factor principal en todos los amores de sus señoritas se consideraba ya de la familia, estaba obligada, tan pronto como soltara las sardinas, a mezclarse en la charla y participar de la alegría que la nueva producía; y así, limpiándose a medias sus carnosos y achorizados remos, hizo irrupción en el gabinete.

—Anda, Victorina: asómate al balcón y dile a mi marido que espere, que estamos en el «budoir».

—¿En el qué?—interrogó asustada.

—En el «budoir», mujer; es una palabra francesa. ¿Será la primera que nos has oído? Es menester irse civilizando si quieres seguir en la casa.

—¡Toma!, ya lo hago. ¡Como que no he aprendido a decir ya «inodoloro» y «vider»!

De mal humor era para ponerse con estos inconvenientes de la señora cuando ella estaba siempre en todo. Y de mal humor y refunfuñando dejó dibujar su silueta en el balcón.

Entretanto, el bueno de D. Plácido, ocupando su sitio jun-

to al chofer, al que interrogaba divertidamente sobre el funcionamiento de cuantas llaves y botones tenía a su alcance, aguardaba la aparición de la familia preso de las fisgonas miradas de la vecindad, que, alborozada, se entretenía en presidir el espectáculo desde los balcones. Tan pronto como se hubo dado cuenta de la presencia de la doméstica, D. Plácido, para el que no sólo no había pasado inadvertida esa expectación, sino que, muy al contrario, se recreaba en ella, quiso ufanarse más todavía dando al viento su propósito.

—Chica, Victorina, dile a la señora, que no ponga hoy las sardinas al champiñón, que comeremos en la Cuesta de las Perdices o en el Escorial o en Burgos, porque el automóvil es muy bueno y pienso que vayamos a 60 kilómetros por diez minutos...

Y en esta forma hubiera continuado a no verse visto interrumpido por D.^a Agata y sus dos retoños, que, con gran estrepito de risas y charloteo, hacían su salida, cumplimentadas como nunca por la hasta entonces arisca portera.

Abrieron todas las portezuelas del auto, dieron vueltas sin saber por dónde era preferible subir y al cabo acomodáronse como pudieron en el asiento, prodigando en voz alta todo género de alabanzas a la «carrocerie» y entre asustadizas y risueñas partieron haciendo concesiones de saludos a todos los balcones de la calle.

—No queda nadie en el barrio sin haberse enterado de este brinco que hemos dado en nuestra posición—argüía D.^a Agata, al mismo tiempo que un bache, no salvado por el chofer, les hacía descomponer un poco su acomodo.

—Sí, verdaderamente, estos concejales no se ocupan de los ricos—contestaba inocentamente D. Plácido, que, de resultas del salto, había enganchado su gabán en un tornillo, del que salió una manga muy mal parada.

—Todos nos han visto salir, hasta el sobrino del Marqués, ese chico tan elegante que usa chaleco de pelo de camello.

—Y ha sonreído cuando pasábamos—interrumpía Milela, deseosa de encontrar ella también un novio tan elegante como el de su hermana.

—Lo peor es que si el casero se entera nos va a subir el alquiler—decía D. Plácido, temeroso de su fastuosidad.

Así, entre comentarios, brincos, bocinazos y algún que otro conato de atropello, lograron salir a la carretera de La Coruña, atravesar el puente de San Fernando y subir en competencia con varias motos, bicicletas y carros, la Cuesta de las Perdices y llegar a un antiguo ventorro que hoy ya tiene ribetes de restaurante.

—Descansaremos, hemos venido hechos unos «obeliscos».

—Basiliscos, papá—le corregía Sabinita, ya que ella, como futura cronista de salones, había sabido aprovechar las lecciones de su amor.

—Puede estallar el motor—proseguía D. Plácido, sin reparar en la enmienda y haciendo detener el volante.

—Así podremos contemplar el panorama—argumentaban las niñas, deseosas de que una parada las permitiera retocar las greñas que el indiscreto aire había acumulado sobre sus ojos—. Además, tomaremos un aperitivo. Aquí, en el mismo coche podremos tomarlo.

—Mozo, mozo; a ver, ¿quién sirve?

Todas las miradas se clavaron en el dintel de la puerta, por donde presuroso, con la desenvoltura del que constantemente practica su oficio, apareció el camarero.

—¿Qué va a ser?—interrogó, repitiendo su constante pregunta.

¡Cielos!, él, Pocholo, el cronista de salones, metido a camarero. Un chillido, un desmayo, la cara fosca de una suegra, un chofer psicólogo mete al coche la cuarta velocidad y un papá bonachón, ajeno a las exclamaciones de sus niñas pregunta ingenuo: Pero ¿no queráis ver el panorama?

TOMÁS PELLICER

NUESTRAS PORTADAS

Por un olvido, que somos los primeros en lamentar, al pie de las fotografías de las artistas que han aparecido en la portada de ARTE LIGERO, no se han consignado los nombres de los autores de las mismas.

Para reparar el olvido, queremos hacer constar, que las publicadas en los seis últimos números son: la de Consuelito Hidalgo, de *Kaulak*; la de Amalia Isaura, de *Alfonso*; la de Luisa Vila, de *Walken*; la de Chelito, de *Company*; la de Isabelita Ruiz, de *Dorothy Wilding*, y la de Preciosilla, de *Walken*.

Reconocida la falta, y confesada noblemente, confiamos en el perdón de todos.

INSTITUTO TÉCNICO DE AUTOMOVILISMO

Enseñanza especial para señoras y señoritas.

===== Escuela de chofers =====

ALAMEDA, 10 y 12 (todo el edificio).-MADRID



Sic transit gloria mundi y así pasan, también, las sacudidas espasmódicas de las multitudes. ¿Quién habla ya de la visita de Unamuno a Palacio, que fué anteayer, como quien dice? Pues ésta es la mejor demostración de la nula importancia del suceso. Es más, yo no puedo explicarme todavía por qué produjo tal revuelo un hecho tan minúsculo, tan insignificante.

Don Miguel de Unamuno había dirigido ataques al Rey y había coqueteado con la República; y he aquí que, de pronto, inopinadamente, llega a Palacio, de la mano de un monárquico tan calificado como el conde de Romanones. Bueno ¿y qué?

—¿Cómo y qué?—rugirá algún lector apasionado—¿Y la seriedad? ¿Y las convicciones?

A lo cual se le puede replicar:—Pero ¿de veras cree usted que España es un país de seriedad y de convicciones? *El que esté limpio de pecado, que arroje la primera piedra*, podría repetir el Nazareno a los ateneístas y a los politicastos que han tratado estos días de lapidar al ex rector de la Universidad de Salamanca. ¡Convicciones políticas en España! ¡Seriedad en los ideales! Pero ¿es que quedan ideales en estos desdichados tiempos, tan envilecidos a fuerza de materialismo, de positivismo, de utilitarismo, de mercantilismo,... en una palabra, de PROSA hedionda y repugnante? ¿Es que el «caso» de Miguel de Unamuno es de una apostasía exótica en España? La novísima teoría evolucionista ¿no parece hecha expreso para nuestros políticos? El mismo Einstein ¿no podría aplicar sus flamantes estudios de Relatividad a nuestros hombres públicos?

Esto, hablando en términos generales; porque, si circunscribimos más aun nuestra reflexión al «caso» de Unamuno, es mayor nuestro asombro y es más viva nuestra sorpresa por el escándalo que ha promovido. Unamuno flirteaba con la República y ha visitado al Rey. ¿Y qué? ¿Acaudilla Unamuno algún grupo republicano? ¿Le había dado el republicanismo alguna acta de diputado a Cortes, de senador del Reino, de diputado provincial, de concejal siquiera? ¿Era Unamuno, por lo menos, un político de significación? Nunca lo dijo nadie. Unamuno ha sido el catedrático, el rector, el ex rector, el publicista, el filósofo,... El político, nunca.

Pero, todavía, podemos ceñirnos más al «caso» de Unamuno. ¿No ha sido siempre don Miguel un espíritu paradójico, arbitrario, funanbulesco, desconcertante, en suma? ¿No era éste el gesto más apreciado por la legión de sus admiradores? Pues ¿a qué diablos vienen ahora exigiéndole una consecuencia política que no tiene nada que ver con su temperamento inconsecuente y absurdo?

Tomemos a los hombres como son; demos a cada cosa la importancia que tiene; no saquemos de quicio lo que no es necesario, y no pidamos peras al olmo. Y, cuanto a don Miguel, pidámosle, exijámosle que explique griego en vez de gringo, que ejerza bien su rectorado, que nos instruya o nos deleite con sus trabajos periodísticos; pero en política, o en tauromaquia, o en arboricultura, dejémosle opinar como le venga en gana y no seamos más unamunistas que el propio don Miguel.



“El día 12 de febrero de 1915 fué fusilado en Fontenoy (Francia) el soldado Bersot, merced a una sumaria abierta por el coronel Anroux.

Pero la Sala criminal del Tribunal de Casación ha resuelto ahora que el pobre soldadito fué fusilado injustamente.

—¿Eh, qué tal? ¿Y cómo se arregla «eso»? Porque la satisfacción dada a la familia del muerto debe de ser bastante relativa. Y la satisfacción al fusilado, de muy poca eficacia.

Yo, preventivamente, haría una cosa: fusilar ahora al coronel Anroux.



En Valencia, se ha arrojado al paso de un tranvía un joven a quien un Tribunal le había condenado a pagar 125 pesetas.

No es muy raro el suceso en los tiempos que corren. Hay gentes millonarias que, por 25 duros, se dejan arrollar, no por un tranvía, sino por todos los trenes de los Estados Unidos. Porque un tranvía puede dejarles solamente heridos, y ¡tener que gastar en médicos y en medicinas...! Nunca, nunca; preferible es la muerte.



De un periódico madrileño:

«El Mando felicitó calurosamente a todos los aviadores que habían realizado el servicio, elogiando el elevado espíritu militar que en el vuelo habían demostrado».

¡Hombre, naturalmente! El espíritu militar de los aviadores, ya se sabe que ha de ser elevado.

En realidad, holgaban las tres cosas: lo de elevado, lo de militar (porque de eso se trata) y lo de espíritu (porque el reino de los espíritus es el aire).

Pero, ¡váyale usted al Mando con tales sutilezas!



Nada menos que seis obras teatrales se estrenaron el sábado 15 en Madrid, y con éxito pleno todas ellas.

Nadie podrá dudar de que fué un sábado de gloria.



Un nuevo actor, Juan Santacana, obtiene grandes triunfos en el teatro de la Princesa, interpretando el drama trágico *El idiota*.

Pero, ¿quién le da un «bombo», sin que parezca que le injurian? ¿Quién se atreve a decir que Santacana hace *El idiota* maravillosamente?



La Junta de Arbitrios ha nombrado al general Sanjurjo hijo adoptivo de Melilla.

Y dirá el general: —¡Hay que ver cuánto les preocupo a las Juntas!



Por nuestros cines ha desfilado estos días una película titulada *Fuerzas ocultas*.

Y, si esto no es mentar la soga en casa del ahorcado...



Se ha concertado con Italia el *Modus vivendi*.
Y *vamus vivendi*.

RAMÓN LÓPEZ-MONTENEGRO

SURGE EL HÉROE

I

El Pimienta», allá en sus años de infancia, anduvo errante algunas veces por esas polvorientas carreteras de Dios o por atajos y encrucijadas de revueltos caminos. En compañía de otros incipientes de la nacional fiesta taurina, con la colorinesca impedimenta de su capotillo de brega al hombro, más de una vez hubo de vadear encuentros con la Guardia civil. Y lo que no pudieron las palizas de su madre, cuando se le presentaba en casa tras muchos días, lo consiguieron al fin sus lágrimas, temiendo siempre por aquel hijo desventurado. Después, cuando tuvo quince años y se hizo un poco reflexivo, se convenció de que por aquel camino no le llamaba Dios y decidióse por el oficio de carpintero.

Acabaron las intranquilidades de la señora Mónica y volvió a reinar paz y alegría en el hogar de la viuda, ya segura de que no peligraría la vida del ser querido—y único como el del Credo—, exclusivo sostén y consuelo de la casa.

Y así transcurrió el tiempo sin que quedara en la risueña buhardilla otra reminiscencia de aquellas malhadadas aficiones del pequeño, que su pintoresco remoquete de «el Pimienta», melancólicamente recordado alguna vez entre chanzas y veras. Pero ni el maestro de su taller, ni quizá nadie de sus compañeros, sospechaba, en el ocio de las lenguas sobre las tareas del oficio, que aquel alias culinariamente evocador, le hubiese sido aplicado a Bautista como confirmación afortunada de sus primicias toreriles. Antes bien, encuadraba a las mil maravillas con su carácter vehemente, fogueado y combativo, que, como a perrillo ladrador, le definía en un rasgo pintoresco, muy celebrado, porque en el fondo «el Pimienta» era un alma de Dios. Comopatente y limpia hoja de servicios, allí estaban sus ocho años de cumplimiento intachable en el taller; podía verse la casa de su madre respirando humilde optimismo y bienestar, y por último, sabidos y olvidados eran también los comentarios de las comadres colindantes, que se hacían lenguas elogiando aquel hijo modelo, sosten abnegado de su pobre madre, prez de la gente de bronce y justa gala entre los esclavos de la blusa...

Pero un día...

II

La señora Mónica al enterarse tuvo una sensación de angustia. Su Bautista había tenido la mala ocurrencia de poner los ojos en la Patro que, si no era nada fea, era todo veleidad, mocita hija del señor Roque el de la taberna de la esquina, obligada estación para los desocupados del barrio, tránsito de mozos pintureros y puerto de beodos. ¡Bonita pintura, maja linda y castiza y serrana, sí que era la muchacha, como no había su par en el vecino cercado de beldades goyescas! ¡Pero tan coquetuela, tan mudable de novio como de camisa, que no era de extrañar la desnudasen menudamente

aquellas lenguas matroniles, iniciadas callejeramente en todos los resortes malignos de la murmuración. ¡Bah! ¡Bah!...

Y con ese egoísmo tan acendrado y tan filial—detestable y de una funesta fatalidad grotesca en las suegras—de las madres, que nunca ceden claramente a la idea de que los pedazos de sus entrañas mermen el cariño a que ellas solas se creen acreedoras, aconsejó un buen día:

—¡Mira, hijo mío! He sabido que...

Pero «el Pimienta» no la dejó cuncluir:

—¡Sé lo que me va usted a decir, madre! ¡Me va usted a hablar ahora de la Patro!

—¡Adivino eres!

—¡Viéndola a usted huraña, eso tié poco que adivinar!

—Pues sí. De eso te iba a hablar. Bien que me sé yo que a un rapaz amartelao ni le entran consejos ni advertencias que lleven la honrá intención de quitarle la venda de sus ojos embrujados y de su alma hechizada de mal bebedizo. Pero esa mujer, ya sabes...

—¡Madre, esa mujer, es sagrá! Lo que pueda decir la gente, me tié sin cuidao. Ella me quiere porque me lo ha jurao por las venas de su sangre y las entrañas de su alma. Y antes que

yo a esa mujer—¿no oye usté, madre?—no la ha conseguido nadie. Porque no ha habido hombre, ni gracioso, ni moreno, ni fardao, ni postinero, que haya visto bien cómo miran sus ojos. Y eso no lo sabe nadie más que yo, aunque tenga envidia la gente.

Y, mientras comían, hizo un elogio tan entusiasta, tan lleno de lirismos pintorescos y vehemencias pasionales, de la Patro, que la señora Mónica no tuvo más remedio que asentir al fin, cauta y convencida:

—¡Sí! ¡Tienes razón! Antes que cualquier otra, ya sabes tú que no me desagrada a mí esa mujer.

III

En contra de lo que parecía lógico, la señora Mónica sintió efectivamente la ruptura final de las relaciones de su hijo con los encantos, decires y promesas de la Patro. Es tan varia la psicología de las madres, ruda en las del pueblo, altiva en las aristócratas, recelosa en las de la clase media, pero de una indefinida complejidad en todas cuando de amor propio a los hijos se trata, que aparte acercarse idealmente a la del Redentor, cada cinco minutos se contradicen. Y ella, que tan mala acogida diera al principio a aquellos amores, ahora daría la mitad de su vida por que no se apagasen. ¡Era cuestión de amor propio; era motivo de rivalidad! Y «el Pimienta» debía triunfar. Ella lo había adivinado suspicaz en aquellas medias palabras de Bautista:

—¡La he dejao casi sin su por qué! Y es que yo he creído que me daba celos con ese postinoso de «Barberito», el novillero.

—¡Ah! ¿Hay coleta por medio?

—Sí y no! Pero me han contaó que la otra mañana en Vistá Alegre, en la corrida de los camareros, le brindó ese ma-



leta un novillo y ella le felicitó muy expansiva, aunque estuvo pero que muy mal.

—¿Y eso qué?

—Luego, por la tarde fué a la taberna y desde entonces parece que no deja la ida por la venida. ¡Tendría que ver que esa mocita me la hubiese dao a mí!

—¡Pero, vamos, anda, no sé pa qué te achuflas, si eso tampoco quíe decir ná!

—Es que usted fuera de casa no sabe ná, madre, que a esa niña le ha tirao siempre la gente de coleta. Y su padre tié toa la ilusión de casarla con un torero.

—¡El Gallo, lo menos! Pero si ella no le hace coquitos...

—Eso no. Jura y perjura que me quiere a mí más que a nadie en el mundo y que el haber estao amable y fina con el «Barberito» no es hacerme de menos. Pero ya...

—Vamos, no seas celosillo, criatura. La chica tié razón que le sobra.

—¡Pues yo no quíó ná que la sobre a ella!...

IV

«El Pimiento» andaba mohino y tristón procurando acallar el fuego que le consumía. La Patro, aquella mujer tan querida, era lo único que le hubiera tornado a su habitual alegría y desenfadado buen humor.

Pero estaba celoso, y le pesaba demasiado en el corazón su lastre de amor propio para vivir en este bajo mundo. ¡Hay que desposeerse de él tantas veces en la vida arrojándolo, desde el aire azul de las ilusiones, al suelo de la realidad! Ella, por su parte, no lo pasaba mejor con aquel recuerdo de Bautista que tenía como esmaltado en la retina. ¡Lo quería, sí, lo quería, aunque no era torero y aunque ahora no se lo decía!

Aquello del cantar:

«Las mujeres, cuando quieren,
si lo quieren, no lo dicen,
si lo dicen, no lo quieren...»

Y le hacía cara cuando le veía pasar, esperanzada con que se le volviese a acercar, dispuesta a hacer las paces para siempre. Pero «el Pimiento» parecía cruzar ante ella impasible, como un dioscello vengativo y cruel.

Aquel domingo por la mañana se vieron también al azar y Bautista tuvo para ella una mirada de odio de esas dislacerantes que parece como si punzaran en el fondo de las entrañas. ¡Y es que había en perspectiva grandes acontecimientos de amerengada reconciliación! Por la tarde debutaría el «Barberito» en Vista Alegre; en una corrida sería contratado y todo, aunque por unos exiguos duros, y luciría por primera vez el traje de luces, aunque el sol no luciese y la competente autoridad dudase en la celebración de la lidia, conforme a los cánones clásicos del cartel. Había gran expectación en el barrio, y, quien más, quien menos, no faltaría en la plaza. Pero de lo demás poco le importaba a Bautista; lo que a él le tenía varonilmente indignado era saber que iba a asistir la Patro con su madre a unas barreras que les había regalado obsequiosamente la simpatía cairelesca del novillero ufano y marcial. ¿Y había de ser así como, al parecer, quisiera la ingrata hacer méritos para la reconciliación? ¡La muy...!

Con ansia y arrogante impaciencia esperó Bautista la hora señalada para el polícromo comienzo de la fiesta nacional. Y allá se fué, solo, ensimismado en su amargura, sin siquiera gozarse como otras tantas veces en la jaranera majeza de su mocedad bravía y fuerte. Y entró confundándose entre la multitud anónima y amiga, gente vocinglera, desaprensiva

y arrolladora toda ella, que ya discutía en elogio o merma de las facultades del debutante.

Vió a la Patro, hermosa y seductora, en su asiento, ataviada con la clásica mantilla que la agraciaba sugestivamente con una atrayente majeza misteriosa y morena, junto a su madre, pero con una inexpresable tristeza en el rostro que la entenebrece preciosamente aún más.

Después, mariposeó su vista por tendidos y barreras, andanadas y gradas, palcos, y balconillos, cuajado todo de vistosas y alegres mujeres en abigarramiento de colores, de estridencias, de risas y de luces, que ponía una indescriptible sinfonía de emoción en el conjunto, alma y vida, sangre y nervios, corazón y sol, de este espectáculo nacional tan maltratado y tan escarnecido.

Al salir la cuadrilla, entre los aplausos de la multitud y los acordes de la música, sintió Bautista un coraje salvaje y una envidia sorda, viendo al «Barberito» a la cabeza, admirado y airoso, magnífico y gallardo, como un héroe repartiendo saludos y sonrisas.

Y sonó el clarín y salió el novillejo. Los primeros tercios se sucedieron atropellados, confusos, sin arte, ante la protesta de los más y las desesperanzas de los partidarios del debutante, que querían serle fieles en aquel decisivo momento, en la mismísima «hora de la verdad», allí donde los billetes tienen una vitola sangrienta y las glorias son más encarnadas de sensación. Brindó entonces el maestro y fuese en busca del bicho. A las primeras de cambio se vió desarmado, arremetido violentamente por el testuz del animal — que también debutaba aquella tarde — y que, por fortuna de su físico y acaso designio espiritista de los manes de Frascuelo, no le hizo otra peor cosa que medio desnudarle sobre la arena, aún no enrojecida, dejándole humillado, vencido, anulado para siempre, cobarde y ruin.

En los anales de la tauromaquia contemporánea no se ha registrado protesta más unánime. Y entonces surgió de pronto, en medio del redondel, ante el asombro y la estupefacción general — que lo creía un suicida espontáneo de esos que encalaboza socarronamente la municipalidad —, un hombre que, sombrero en mano, pedía venía a la presidencia para sustituir al ídolo roto. Su serena presencia de ánimo y olímpica actitud de iniciado, rindió al fin a la plaza entera, paralela en su asentimiento a la presidencial benevolencia que autorizó el permiso.

Y allí fué de ver al «Pimiento» brindar a la Patro con toda su alma y la flor de su vida que se dejó en no sabía qué camino de qué plaza al abandonar su verdadera vocación. Y, ufano en el brindis, hubo que ver cómo enloqueció a la gente con aquel arte increíble con que hiciera la faena más aclamada en orejas, habanos, sombreros, flores, manos de hombre y brazos de mujer..



La Patro, al fin, por milagro gitano de su sangre chula, se casó con un torero. Es la esposa ideal de uno de los matadores de más cartel y de más entusiastas que registra la fiesta de la raza. Pero, hoy ya, tiene Bautista otro alias conocidísimo. Y, a veces, su mujer, la Patro, amante y enamorada, recordando aquellos buenos tiempos pasados, mimándole halagadoramente para festejar los fastuosos desafíos de su espléndida bravura y su noble juventud, suele decirle:

—¿Te acuerdas? ¡Los celos, aquellos celos que te di sin proponérmelo siquiera, te hicieron torero!

Y él, aunque no sabe decirlo, piensa que sólo por el amor, por una mirada de mujer, por el mohín de unos labios encendidos, surgen los héroes.

JOSÉ DE LUCAS ACEVEDO

CLAVELES DE ESPAÑA

Saeta madrileña.

Letra y música de «Mi-Sol»

MODERATO *menos*

p *pp* *cres* *poco a poco* *f* *p*

U - na no - che de ver - be - na pa - se - an - do en la flo - ri - da

a tpo *rit*

u - nos o - jos me mi - ra - ron que me de - ja - ron sin

vi - da so - no u - na voz en mi oi - do sua - ve

p

co - mu - na ca - ri - cia a - tra - ve - san - do me el al - ma

(Publicado con autorización del autor).

ARTE LIGERO

cual plegaria de ale - gri - a Virgencita ma - drile - ña de a - za res - coro.
rall
a tempo
 (imitando guitarras)
 . na - da es tu manto de mano - la un man - to de se - da gra - na co - lor de la
rall
 san - gre he - ri - da que ma - na man - chando tus la - bios cla - ve - les de Es - pa - ña
 D.C. 2 veces y Coda
 CODA

II

El me dijo: «Soy torero
 y mañana ya en la plaza
 te diré sin bellas frases
 lo que me gusta tu cara».
 Marchóse y vi en el cielo,
 como lágrimas de plata,
 unos rizados cohetes,
 mientras repetía el alma:
 (Al estribillo).

III

Brinda el toro en mi barrera
 y por bravo es aclamado.
 ¡Ay, Dios mío! ¿Le ha cogido?
 Dejad que vaya a su lado.
 Al ver que no estaba herido
 lloré loca de entusiasmo;
 sale triunfal de la plaza
 y entre aplausos va exclamando:
 (Al estribillo).

DE MÚSICA

Los *amateurs* de la buena música están de enhorabuena. Después de una larga ausencia, el gran coloso del piano Arthur Rubinstein, nos ha obsequiado con dos audiciones en las que nos demostró, como siempre, el arte exquisito de su genial temperamento.

Siempre que se trata de grandes artistas como Rubinstein, hemos de lamentar su ausencia prolongada. Sus admiradores sentimos hondo pesar al disfrutar en tan pocas ocasiones de su arte único.

Sólo la esperanza de volver a escucharlos, da tregua a nuestros vehementes deseos.

El «Duo Art», instrumento del cual nos hemos ocupado en distintas ocasiones, viene una vez más a nuestra imaginación.

Reproducimos sin comentario, la opinión del excelso músico sobre este magnífico instrumento, en la seguridad de que sus importantes declaraciones han de interesar grandemente a nuestros lectores:

Señores:

Yo considero el Duo-Art «Pianola» como el mejor regalo que el genio del inventor haya podido dispensar al músico.

No importa lo sublime que sea nuestro talento,

siempre están sujetas nuestras facultades a los medios a nuestro alcance para expresarlos.

Hace más o menos una generación el mejor músico expresaba su talento vacilando en las voces tenues y sin expresión de la espineta y del clavicordio. Ayer era el pianoforte que al igual que un perfecto medium nos permitía alcanzar ya un poco de las innumerables sublimidades del mundo.

Hoy, el maravilloso Duo-Art «Pianola» aumenta nuestro auditorio más de mil veces. No conozco ninguna cosa comparable encunto a la perfección con la ejecución de un rollo de Duo-Art.

Allí, grabado como si fuera un granito duradero, está el retrato fiel de mi personalidad musical, mi concepción artística, mi interpretación y mi ejecución.

El que escuche uno de mis rollos de Duo-Art, oye Arthur Rubinstein, no otro que él y no menos que él.

El hecho de que haya querido atarme con The Aeolian C.^o con este contrato exclusivo, demuestra más claramente que cualquier otra cosa cuán superior lo considero a cualquier otro instrumento de la misma índole.

Sinceramente suyo,



Firmado,

ARTHUR RUBINSTEIN

TEATRO

Si no de todos, aunque no fueron muchos, de la mayoría de los autores que estrenaron el Sábado de Gloria, sí que podemos hoy hablar en sentido elogiado.

Paradas y Jiménez, a quienes es forzoso conceder el primer lugar, ya que estrenaron dos obras, por ambas escucharon merecidos aplausos; en Lara, por su comedia de enredo, titulada *La clave de sol*, y en la Comedia, por su sainete *Los pollos «bien»*.

Ninguna de las dos ofrece grandes novedades, sencillas en cuanto al asunto y modestas de pretensiones por lo que afecta a los procedimientos empleados, cumplen el propósito de entretener, interesando y haciendo reír al auditorio, que en *La clave de sol* presencia el desarrollo de una tragedia sentimental en la que la vida sonríe galante para ocultar las heridas de las almas, y en *Los pollos «bien»*, el desenvolvimiento de una farsa inocente que se malogra... pero moral y lógicamente, a gusto de todos y para satisfacción de los autores.

Mayor originalidad ofrece, en especial en su cuadro primero — el segundo casi está de más — el sainete *¡Arrea, cochero!*..., de Ramos de Castro y López-Marín, que completó el cartel de Lara y en el que los personajes están dibujados de mano maestra y el diálogo mantiene a los oyentes en constante hilaridad.

Los dragones de París, letra de Oliveros y Castellón, música del maestro Luna, estrenados en Apolo, representan un triunfo positivo, el del autor de *Molinos de viento* y *Los cadetes de la Reina*, que ha escrito unas páginas delicadísimas, de melodías dulces, de brillante orquestación, y la confirmación artística del barítono Manolo Murcia, quien compartió con el compositor las grandes ovaciones tributadas por el público, que no olvidó en sus aplausos a Pilar Escuer y a la Betoré, a Anselmo Fernández y Rafael Díaz.

Dicenta y Paso (hijo), en el Coliseo Imperial y con su disparate cómico *La casa del señor cura*, han sido, en nuestra



Reina Victoria.—*¡El príncipe se casa!*

opinión, los más *pascuales* de todos los autores que estrenaron el Sábado de Gloria. Y es de lamentar que teniendo, como tienen, grandes condiciones para triunfar — soltura en el diálogo, dominio de la técnica — las sacrifican al *astracán*, amontonando chistes e hilvanando unas escenas que pudieron y debieron bordar con el mayor primor. Paso (hijo) y Dicenta, muchachos de talento, no deben abandonarse a la corriente... porque la corriente ya pasa.

Y llegamos al acontecimiento resonante; al estreno en el Reina Victoria, de la revista *¡El príncipe se casa!* — segunda parte de *El príncipe Carnaval* —, en la que se han reunido para triunfar una vez más, esos tres Pepes geniales, cada uno en su género, que se apellidan Cadenas, Serrano y Martínez Garí.

Cadenas, escritor hábil y empresario fastuoso; Serrano, compositor inspirado, y Martínez Garí, escenógrafo genial, y con ellos las señoritas Amparo y Gloria Brime, autoras de los figurines, todos los artistas del Reina Victoria, mejor

diríamos todas las bellas artistas del Reina Victoria, han deslumbrado nuevamente, en un derroche de arte y de belleza, al público madrileño, alcanzando el grado máximo de interés y de atención para la obra, vértice, en estos días, de todos los comentarios y de todos los elogios.

Madrid, todo Madrid, se ha ocupado y preocupado de *¡El príncipe se casa!* ¿Cabe un éxito mayor?...

Enhorabuena a todos.

RODOLFO DE SALAZAR



Coliseo Imperial.—*La casa del señor cura*.



Apolo.—*Los dragones de París*.



Comedia.—*Los pollos bien*.

Fots. Perce,



LECTOR amable: Un día, hace ya algunos años, fuimos en viaje de prácticas a la Ciudad Encantada de Cuenca, algunos estudiantes de la Universidad Central. Aquellas excursiones voluntarias eran para nosotros motivo de libertad, pretexto justificado que teníamos por unos días profesor y alumnos, para hallarnos lejos de estas aulas universitarias que, por sus condiciones detestables, se hacen odiosas a los estudiantes por probos y aplicados que sean.

Y aconteció, que, por una circunstancia, no recuerdo cuál, fuimos a dar con nuestros huesos en un pueblecito pintoresco y simpático de la recia cepa castellana, que se llama Minglanilla.

Merendábamos en un lugar muy cercano a una fontana que allí existe, cuando ante nuestros asombrados ojos, apareció una moza lugareña, con su cántaro a la cabeza, esbelta, casi morena, arboladas las mejillas de un carmín natural que puso en ellas el aire saludable de la campiña. Y aquella mujer, dejó en mí el recuerdo imborrable que conservamos siempre de la belleza. «¡Qué hermosa piedra para pulirla!» —pensé.



Me encontraba una de estas noches en un *cabaret* de los más afamados de la Corte, donde se rinde también culto a las «varietés», y, por una inexplicable asociación de ideas, ajeno a cuanto a mí alrededor pasaba, recordé con deleite a la pueblerina gentil que me cautivó un día allá en mis tiempos de estudiante.

Termina el *jazz-band* de mortificarnos con una de sus sonatas deplorables, cuando viene a sentarse junto a la mesa que yo ocupo, una mujercita adorable, de ojos intensamente pardos, casi tirando a negros. Vacilo un instante; mi asombro no tiene límites. Indudablemente he reconocido en ella a la zagala que ví un día en Minglanilla, camino de la fuente, con su cántaro a la cabeza y el arrebol en las mejillas de seda. Me decido, al fin:

—Perdón, señorita. Yo la conozco a usted de alguna parte.

—Es probable. Me habrá usted visto trabajar en algún teatro, ¿no?

—¿Pero es usted artista?

—Sí, me dedico a la canción. Aquí, en este mismo «music-hall» he terminado mi actuación hace unos días.

Me interesa su historia. Súbitamente cruza por mi cerebro una idea que puede aclarar mis dudas.

—¿Usted es de Cuenca?

—Justamente. Nací en un pueblo de su provincia. En...

—Minglanilla, ¿verdad?

—¿Acaso es usted paisano mío?

—No, señorita. Pero no puedo olvidar que en ese pueblo la ví por vez primera.

—Llámeme señora, si le acomoda. Me casé hace algún tiempo y a mi marido debo cuanto valgo. Si usted supiera... Como soy de las pocas artistas que no se avergüenzan de su pasado, voy a contarle, ya que me ha inspirado usted confianza, algunos detalles de mi metamorfosis y de mi vida. Verá usted: se celebraba por aquellos días la función de mi

pueblo. Todas las chicas, como ocurre en estos casos, nos ataviábamos con nuestras mejores galas y cada una queríamos parecer la más bonita. Con la compañía de opereta que trabajaba allí, fué un barítono que, desde el primer momento—¿por qué no decirlo?—nos quitó el sueño a todas y no se puede usted formar idea de la lucha sorda que se entabló entre nosotras. Yo tuve la suerte de que un hermano mío que es sastre, hiciera intimidad con el hombre que es hoy mi marido. Y ocurrió lo que tenía que suceder. Al conocerme, fué más asiduo en sus visitas y éstas más prolongadas. Un día, me declaró su amor. Aunque yo lo esperaba, me hice la tontita y redoblé mi juego de coquetería, ¡qué demonio! «También la gente del pueblo tiene su corazoncito». Y las mujeres, por instinto, sabemos «un rato» de estas martingalas. «Ya es mío, ya es mío» —pensé. ¡Cómo van a rabiarse las otras! ¡Que se chinchén». Y al poco tiempo se celebró nuestra boda.

—¿Y es usted feliz? —pregunto con cierta amargura, no exenta de egoísmo, al pensar que yo no soy el barítono del cuento.

—Mucho, muchísimo. Inmediatamente de casarnos, salimos para Valencia y a los quince días, yo, que jamás creí que pudiera dormir en mí semejante vocación artística, debuté cantando en el antiguo Teatro Martín de aquella capital. Después vine al Palace y tomé parte en la revista *¡Cuidado con la pintura!*, que tanto éxito tuvo. Y así, por todas partes, la bondad de los públicos me hizo subir como la espuma...

—Y usted... ¿cómo me dijo antes que era su nombre de guerra en los escenarios?...

—Titinette.

—Eso es, sí, Titinette... ¿se amoldó desde el primer momento a ese cambio de vida tan radical?

—Ya lo creo. Y mucho peor que hubiera sido. Usted no puede figurarse de lo que es capaz una mujer cuando está enamorada. Sinsabores, fatigas, incluso la miseria; todo, todo se da por bien empleado, cuando se está junto al hombre a quien se quiere. Y yo, por tanto, no puedo quejarme. Ganamos mucho dinero entre los dos.

Titinette habla apasionadamente. Tienen sus palabras todo el fuego de la divina juventud, y por sus ojos pardos, hermosísimos, casi tirando a negros, se advierte la llama de un amor honesto que sin soñarlo ella la hizo escalar las cumbres de la fama.



Vuelve a martirizarnos con sus estridencias antipáticas el *jazz-band* y un joven apuesto se acerca a Titinette: —¿Bailamos?

—Mi marido, ¿sabe?

—Mucho gusto. Un amigo.

—Gracias —me responde él.

Y mientras aquella gentil pareja, henchida de felicidad, va a perderse en el torbellino de la sala, yo, acodado sobre la mesa, saboreando mi *whisky* —burbujas de oro en la copa — recuerdo este proverbio infalible: «Lo que quiere la mujer lo quiere Dios».

MIGUEL RÓDENAS

Lo que me dijo un caballo de toros desde el otro mundo.

HA comenzado la temporada de toros.

El domingo próximo pasado fué la corrida extraordinaria de inauguración. Yo, que siento también en mi alma de meridional todo el alegre influjo de la fiesta torera, hubiera querido, como proponía Corrochano desde las columnas de *ABC*, salir a la calle ese día con el airoso sombrero cordobés y un clavel rojo en la solapa. Pero Corrochano propone y este clima veleidoso que padece Madrid —¿verdad, maestro? — dispuso todo lo contrario.

Y lo contrario fué, que las nubes estuvieron amenazando todo el día con romperse en cataratas, que hizo un frío glacial, impropio de la primavera y, por consiguiente, hubo que dejar en casita, so pena de hacer el ridículo, el sombrero de ala ancha y el rojo clavel, para embutirse en el gabán y liarse la bufanda hasta los ojos. Y de esta guisa no concibo la fiesta nacional. «Los toros con sol y avispas», dicen que decía Lagartijo, y tenía razón. Como no se concibe una procesión en Sevilla, sin que al paso de la Macarena rasgue el espacio la nota lastimera de una saeta.

Es domingo de Resurrección. Toca a gloria las campanas y la mujer madrileña aficionada abre de par en par las puertas de su balcón interrogando al cielo. ¡Oh, desencanto! Ni siquiera los pájaros del jardín vecino cantan como otros años su epifanía a la primavera vivificadora. Todo es gris y anodino. El día y el cartel que para el abono nos ofrece esta Empresa sin gusto. Pero, ¿qué remedio?, tenemos que cumplir nuestro deber de revisteros, y hacia la plaza vamos. Cruza nuestro camino en automóvil aquella mujer aficionada que abrió su balcón de par en par. En sus ojos oscuros, nietos de aquellos otros antañones de la manolera andante madrileña, no reverbera el sol. Ni la blanca mantilla ni los claveles dobles en su pecho, ¿para qué? ¡Eh, a la plaza, a la plaza! Y vamos a tragarnos el plato de entrada que nos sirve Retana, a base de seis de Villalón, para Fortuna, Nacional y Valencia II. Un plato, como ustedes podrán ver, flojito, desabrido, para hacer boca, sin condimento apenas...

Y es lo que se dirá la Empresa: «Si ha perdido el gusto la afición y toma lo que buenamente le damos, ¿para qué esforzarse en servirles manjares exquisitos? Pero, en fin, no divaguemos, porque la plaza, a pesar de todo, está hasta el tejado y el presidente ha agitado en el aire su pañuelo blanco.

El primero de la serie, un toro bonito de lámina y de bastantes arrobos, después de ser doblado muy medianamente por los peones que tardan un siglo en decidirse el uno por el otro, pasa a la jurisdicción de Fortuna, que torea por verónicas sin parar ni mandar poco ni mucho. No es por ahí, joven diestro de Sestao. Los billetes grandes están más cerca de los pitones.

Después, Mazquiarán, que se da cuenta de ello, se aprieta toreando de frente por detrás con arte y estilo de torero caro, y las palmas que le otorga el gentío hacen humo. El toro, poderoso y noble, entra a la caballería desde largo y los batazos son tan estrepitosos que se oyen en la Concepción Jerónima. Un pobre jamelgo queda despanzurrado frente a mi barrera. Lo cubren con el sudario, última creación de D. Millán, y mientras Fortuna, con los avíos toricidas en la mano, pasa por alto con la derecha al de Villalón, haciendo una faena de muleta, no digamos que digamos, observo que, por un extremo de la arpillera, ha sacado la cabeza el noble bruto que pasó a mejor vida. Al mismo tiempo, uno de sus ojos vidriosos me guiña desesperadamente. Yo, un poco asombrado, lo confieso, pienso qué querrá decirme.

—¿No estabas muerto, amigo caballo—le pregunto.

—Eso creen todos. Lo estoy para los «monos» que han dado un poco de calor a mi cuerpo. ¡Dios se lo pague a don Millán, que es lo único acertado que ha hecho desde que ocupa la Dirección de Orden Público! Y muerto para el toro, que de este modo romaneará menos con mis restos, ya que no me tiene tan a la vista. Pero para usted, no he querido morir-me hasta que termine la corrida. Porque yo, desde mis tiempos de potro, he sido muy aficionado a estas cosas de toros. Me crié en los campos de Tablada, y entre astados aprendí lo que debía ser la fiesta nacional. ¡Qué tiempos aquellos! Me acuerdo que fué mi primer jinete un viejo vaquero. Aquel hombre, a pesar de sus años, cuando cabalgaba, garrocha en ristre sobre mi lomo y salíamos a la dehesa, sentía latir en sus venas todo el entusiasmo de la sangre moza... Fíjese, fíjese en Fortuna qué desconfiado está con ese toro que acaba de matarme. Solamente ha dado un buen pase por alto con la derecha. Lo demás de la faena, desligado, a distancia, un pase aquí y otro frente al tendido 4. Todo con poca salsa, como si este toro tuviese algo de particular. Y ahora, ¿ha visto usted cómo entró a matar, con el bracito suelto y todo? ¡Qué pena!... Pues como le iba diciendo, un día fuimos a ver matar un toro a Machaquito. Aquello sí que era pundonor, y valentía, y estilo de buen matador... ¿Quién es ese que torea tan paradito y tan ceñido?

—Ese es Nacional II.

—Pues ha dado unas verónicas muy buenas. Sobre todo las del lado izquierdo. Ya antes y en el otro toro, ha habido salsa torera a cargo de los tres matadores, en el tercio de quites. ¡Quiera Dios que esto se anime! ¡Olé la gracia! ¡Mi madre la yegua! ¡Qué manera de estirarse y qué bonito estilo el de Valencia pequeño en ese quite!... Bueno, prosigo. Otro día, en un tentadero de la campiña cordobesa...

No entiendo lo que me dice el caballo. Los pitos ensordecen, y es que Nacional no ha dado pie con bola. Le ha tomado asco al buró, un animal pastueño y bravo, y el maño anda de cabeza, como si la muleta fuera un trasto inútil en sus manos. ¿Quiere decirnos el Sr. Anlló para qué sirve ese tranquillo que se trae este año del medio pase por la cara del bicho?

Y luego, a la hora del embroque, este torero, que otras veces dió la nota de valor en ese trance, se muestra en esta ocasión medroso y desconcertado, pinchando infinidad de veces de una manera lamentable. Y así en su segundo toro, sin un destello de arte ni valor. ¡Dios mío, qué corrida tan soporífera! Porque el resto de la fiesta fué un calco de lo que va reseñado. Solamente hubo un momento de emoción, y ese momento nos lo proporcionó Fortuna al matar su segundo toro. Porque si la faena de muleta fué un paso de *fox-trot*, el estoconazo que siguió a esta faena no se borrará jamás de los anales de la tauromaquia.

Bien puede estar satisfecho D. Alejandro Lerroux, el ilustre tribuno, a quien brindó Fortuna la muerte de este toro...

Ya me olvidaba de mi interlocutor, el pobre penco, cuando, fijándome otra vez en él, sin que se diera cuenta nadie más que yo, levantó la cabeza en un postrer esfuerzo y susurró quedamente:

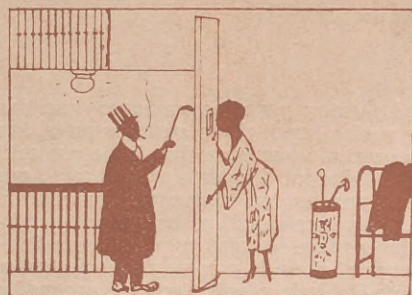
—Así, así se matan los toros. Así mataba Machaquito. Valencia segundo con el estoque no ha de interesar esta tarde.

Y, dicho esto, aquel ojo vidrioso que me guiñaba el cuadrúpedo con tanta insistencia, se cerró para siempre. Este caballo era, indudablemente, un gran filósofo, porque la lidia del último toro, a cargo de Valencia, no mereció la pena de presenciarse.

CÉSAR VERDADES

¡PCHS!

DRAMA MONOSILÁBICO por Bermudo Rebolledo



ESCENA I

La esposa. Luego el amante.

EL AMANTE. (Llamando a la puerta desde el exterior.)—*¡Tik!*

LA ESPOSA. (Mira sorprendida y

vacila.)

EL AMANTE. (Insistiendo con más fuerza.)—*¡Tak!*

LA ESPOSA. (Abre la puerta. Con acento de agradable sorpresa.) *¿Tú?* (Le da un beso monosilábico y le muestra luego un abundante servicio de té que habrá sobre un velador.)—*Te.*

EL AMANTE. (Abriendo desmesuradamente los ojos.)—*¿Tó?*



ESCENA II

La esposa, el amante. Después el marido.

EL MARIDO. (Penetra en escena rápidamente. Dándose cuenta de la situación.)—*Sé.*

(Concretando aun más; chocando entre sí sus dos índices.)—*Su...*

EL AMANTE. (En un arranque de gallardía.)—*¡Sí!*

EL MARIDO. (Señalando la puerta al amante y con marcado acento andaluz.)—*Sá...*

EL AMANTE. (No se mueve.)

LA ESPOSA. (Abrazando al marido con zalamería francesa.)—*Bó (Beau).*

EL MARIDO. (Extendiendo su párpado inferior izquierdo con el índice derecho; es tuerto a derechas.)—*Ví.*

LA ESPOSA. (Quitando importancia.)—*¡Bah!*

EL MARIDO. (Con acento tristísimo.)—*¡Beee...!*

EL AMANTE. (Viendo que el otro cede, queriendo amedrentarle.)—*¡Bú!*



(Continuando la escena, cada vez más emocionante, se aconseja a los actores que estén bien preparados.)

Una patata que lanza un espectador.—*¡Pin!*

Otra patata que lanza otro espectador.—*¡Pen!*

Otra ídem ídem.—*¡Pon!*

Otra ídem ídem.—*¡Pun!*

ESCENA III

EL AUTOR. (Saliendo a escena lloroso e implorante.—*¡Pan!*)



Por la reseña,
Bermudo Rebolledo.

Dibujos de Monolito.

DÍAZ - PINTURA -
- DECORACION -
- PAPELES PINTADOS -
TELÉFONO 20-07-M. CARMEN, 21-MADRID-

Soluciones a los pasatiempos del núm. 6.

A la charada sinfónica: TA-RAN-TE-LA
A la comedia: ¡ARRIBA LOS CORAZONES!
A un poeta: VILLAESPEA

Solución a los pasatiempos del núm. 7.

Sujeto a procedimiento: ENCARTADO
Oficio: AFINADOR
Uno de casa: MONTENEGRO
Juego: RULETA

Especialidad en ampliaciones y bodas.

SEGURA.-FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 4.-TELÉFONO M. 41-52

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURE-
CIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. 32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pías frasco. MADRID: Caposo, E. Duran, Pérez Martín; ZARA-
GOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta.
GRANADA, Ocaña; SAN SEBAS-
TIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA,
Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA,
«Centro farmacéutico»; ALICANTE, Az-
nar; CORUÑA, Rey. SANTANDER,
Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLA-
DOLID, Llano; BILBAO, Barandarán;
HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida;
PANAMA, «Farmacia Central»; CIEN-
FUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS,
Dabólin; QUITO, Ortiz. MANAGUA,
Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta-
Maldonado. PUERTO RICO, J. Combas
Peponk. MANILA, Juan Gaspar, Men-
doza 150.-Mandando 450 pesetas sellos a Pous-
arxer Viladomat, 104, Apartado 481, BAR-
CELONA, remítase reservadamente cer-
tificado. Muestra gratis para
convencimiento del éxito
DESCONFIAD DE IMITACIONES



P. JIMENA

∴ ∴ SASTRE DE SEÑORAS ∴ ∴

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 29

TELÉFONO M. 615

MADRID

CRÉDITO ESPAÑOL

DE AUTOMOVILISMO

AUTOMÓVILES, CAMIONES, TRACTORES,
MOTOCICLETAS

PRÍNCIPE, 18 Y 20

MADRID

BUHLER HERMANOS

Calle de Atocha, 36

MADRID



INSTALACIONES Y TRANSFORMACIONES
DE FÁBRICAS DE HARINAS Y MÁQUINAS
PARA MOLINERÍA

Fumistería, Cierres metálicos

COCINAS Y ESTUFAS DE TODOS MODELOS
∴ TOSTADEROS Y MOLINOS PARA CAFÉ ∴
∴ ∴ ∴ ∴ FERRETERÍA ∴ ∴ ∴ ∴
ESPECIALIDADES METALÚRGICAS



S. A. M. MAS BAGA

BARCELONA

Hortaleza, 19 - MADRID - Teléf. M. 52-93

Excelsior C. A. I.

AUTOMÓVILES

OVERLAND

DIETRICH

VAUXHALL

Alvarez de Baena, 7.-Teléf. S. 426

MADRID